

Didier van Cauwelaert

Vuelve Jules

Traducción de Alicia Martorell

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Le retour de Jules*

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsasuares.com
Imagen: © Getty Images / Kristina Jackson

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Éditions Albin Michel, 2017
© De la traducción: Alicia Martorell Linares, 2019
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9181-618-8
Depósito legal: M. 19.608-2019
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Cuando me disponía a echarme un polvo con mi directora financiera, en medio de un mar de balances contables desparramados sobre la mesa, Fred irrumpió disculpándose: se trataba de una emergencia.

–No tiene importancia– contestó Ludivine.

No me dio ni tiempo a preguntarme cómo me lo tenía que tomar: enfundada en una parka color verde musgo, Fred traía cara de funeral. Sin preocuparse lo más mínimo de mi subordinada, dijo que me esperaba en el coche. Y salió cerrando la puerta con discreción retroactiva.

–Mejor ve –me aconsejó Ludivine, poniéndose de nuevo el tanga con aire ansioso–. Nunca la había visto en ese estado.

Yo tampoco. Con el corazón en un puño, me reuní en el aparcamiento con la temible empresaria a la que debía mi éxito y el fracaso de mi pareja. Cuando nos conocimos, yo vendía *macarons* en el aeropuerto de Orly-Ouest, estaba forrado de diplomas universitarios que resultaban disuasos-

rios para un hombre de cuarenta y dos años y había renunciado a dar salida a mis investigaciones en biología vegetal. Gracias a sus estrategias combinadas, en pocos meses me encontré siendo líder en el mercado de la fitoterapia y en quiebra total en el mercado del amor.

Con sus gafas de montura roja plantadas sobre los rizos oxigenados de estilo Michel Polnareff, hablaba por teléfono con la puerta abierta, al volante de su viejo Maserati, que olía a fritanga y a perro mojado. La imagen de nuestro labrador me puso un nudo en la garganta. No tenía noticias de él desde que Alice me dejó.

—Sí, sí, no hay problema, lo he sacado de una reunión, ya llegamos, en dos horas estamos allí.

Me doblé en cuatro para meterme en el asiento ergonómico, en medio de un montón de carpetas y papeles, mientras ella guardaba el móvil detrás de la visera del coche.

—Hace una eternidad que intento hablar contigo. ¿Has cambiado de número o es que me tienes bloqueada?

—¿A ti qué te parece?

A modo de respuesta, el motor rugió bajo su pie derecho. Pregunté, con un nudo de angustia en el estómago:

—¿Qué está pasando? ¿Le ha ocurrido algo a Alice?

—No, a Jules.

Y arrancó derrapando y dejando una cicatriz en el camino de grava.

* * *

Es una locura cómo las cosas que cambian nuestro destino parecen responder a veces a algún tipo de lógica, a una llamada inconsciente. Jules había puesto patas arriba mi existencia el año pasado, pero fue por mi bien: no tenía nada que perder. El labrador se aferró a mí cuando le robaron su razón de ser en la tierra. Lo peor que le puede pasar a un perro guía es que su ciego recobre la vista. Lo habían separado de su ama, le habían asignado otro ciego, pero me había elegido a mí. Gracias a él entré en la vida de Alice y allí me quedé. También hay que decir que en veinticuatro horas el acoso de Jules me hizo perder mi trabajo, mi casa, todos mis puntos de referencia¹. Solo me quedaba un sueño imposible: las investigaciones sin provecho a las que, privado de otra salida, me había consagrado en cuerpo y alma. Así es como el perdedor obstinado que era entonces se vio empujado a crear, bajo el impulso devastador de un perro labrador fuera de control, una empresa de plantas medicinales cuyas virtudes multiplicaban unas bacterias interactivas. Pregunté suspirando:

1. Véase *Jules*, Madrid, Alianza Editorial, 2016.

—¿Y ahora qué ha hecho?

Fred me fusiló con la mirada. Sepultada bajo el ruido de centrifugado histérico de su viejo bólide lanzado a 180 por la autopista neblinosa, me gritó que articulase mejor. Repetí la pregunta, pero sonó su teléfono. Descolgó, se puso a resolver en inglés algún problema en la Bolsa de Fráncfort. Mientras intentaba adivinar la nueva catástrofe que había podido provocar Jules y cuál era mi papel en todo esto, miraba fijamente a la pigmaliona despiadada que había dado el empujón definitivo a mi carrera, como una forma sutil de mantener el control sobre el hombre que le había robado a su mujer. Tenía tanta fe en mi potencial como en su propio poder destructivo, así que ganó en los dos tableros: no solo mis inventos le hacían ganar una fortuna, sino que mi vida de pareja había claudicado ante su voluntad férrea, tan generosa como sibilina.

Tendría que odiarla, pero la comprendo demasiado bien. Lo que pasa es que, en un intento de salvar lo que me queda de autoestima y de vanidad, todavía me resisto a admitir que sabía lo que hacía cuando me metió al lobo (a la loba en este caso) en el aprisco, sacando a Ludivine de L'Oréal para ponerla al servicio de mi pyme. Lo demás es historia: convenció a Alice de que me acostaba con mi directora financiera mucho antes de que se me ocurriera hacerlo. Lo que pasa por ser la causa de nuestra ruptura solo es una consecuen-

cia de ella. Y, si he hecho realidad la relación inexistente que me achacaban, para mí no ha sido una venganza, ni un premio de consolación, sino una forma de restablecer el equilibrio: solo intento que me duela menos lo de Alice justificando sus reproches *a posteriori*. Para seguir unido a la mujer amada, a veces no queda más remedio que engañarla.

Dicho esto, aquella medida de mera justicia se ha convertido, con el paso de los días, en una especie de adicción: Ludivine es una caribeña en formato *top model*, diplomada en la escuela de negocios más importante de Francia, tan diestra en acrobacias fiscales como en encuentros sexuales sin complicaciones, lo que hace que cada vez tenga mi empresa más abandonada, aunque, por otra parte, ya funciona sola. La verdad es que nadie me necesita, así que tengo una relación sexual recurrente con una artista de los números, lo que, en lo que a sentimientos se refiere, es una forma de unir lo útil a lo agradable. De esta forma puedo mantener la ausencia de Alice y mi desesperación resignada dentro de los límites de lo soportable.

Todo este destrozo bajo control es culpa de Jules, a fin de cuentas. El verano pasado, después de poner a su ama en mis manos, como si yo fuera un perro sustituto, se consagró al nuevo protegido que se había buscado: el niño epiléptico de nuestras vacaciones en Trouville. Su forma de de-

tectar los ataques unos minutos antes de que tuvieran lugar, y de anunciarlos mediante un ladrido especial, hizo que de nuevo fuera indispensable para alguien. Estaba entrenado para la vigilancia altruista, que era su obsesión, y ya no nos necesitaba, pues nos consideraba autónomos, así que aceptamos su decisión, pero nuestra pareja nunca se recuperó de su ausencia.

Alice se negó a tener otro perro. Creyó que un bebé colmaría el vacío. Yo también, pero no contamos con las dificultades técnicas: los protocolos a los que nos tuvimos que someter, y sus consecuencias sobre nuestra vida sexual, complicaron las cosas más todavía. Por no hablar de su trabajo en la radio, que tuvo que abandonar para venirse conmigo, pues la legislación francesa no favorece, con su combinación agotadora de autorizaciones diferidas y de expolio preventivo, la creación de una empresa como la mía. Ama de casa en paro, mujer a la sombra de un triunfador desbordado al que suponía infiel en el trabajo, convencida, como me había explicado Fred con el máximo secreto, de que la violación que sufrió a los diecisiete años le impedía tener hijos, Alice se iba marchitando a ojos vista.

Para darle energías renovadas, Fred la puso en contacto con una ONG de lucha contra la desaparición de los elefantes en Asia. Así que se fue a trabajar a Tailandia y me encontré yo solo en mi empresa belga, entre una amante sustituta y

mi esperma congelado, que no me animo a tirar. Es como una esperanza criogenizada. Cuando mi moral está también bajo cero, abro el congelador del laboratorio y contemplo los tubitos etiquetados «Zibal de Frèges». La vida sigue, qué se le va a hacer. Después de todo, empecé mi vida en esta tierra como basura doméstica depositada en un contenedor delante de la embajada de Francia en Damasco; ya estoy acostumbrado a que me tiren o me reciclen. Con mi físico de rebelde sirio y mis trajes de Hugo Boss, entre el apellido diplomático de mis padres adoptivos y el nombre árabe que me dieron para no olvidar mis orígenes («cubo de la basura»), soy una contradicción con patas que resiste sin problemas los cambios de temperatura. Sé sufrir, sé ser feliz, sé hacerme invisible. Me adapto.

En cuanto a Jules, tras la curación del niño de Trouville, fue reclutado por la ESCAPE, una escuela de perros guía para epilépticos que se acababa de crear cerca de Nancy. Obtuvo con la gorra el diploma de asistente de nivel A, mientras iba preñando a la mayor parte de sus compañeras fuera de las horas de servicio.

Fred cuelga apretando los dientes, mientras acelera a fondo. Vuelvo a preguntar por Jules, preocupado por el suspense que se prolonga. Concentrada, adelanta a un convoy militar tocando el claxon para liberar el carril izquierdo. Repito, tres tonos más alto:

–¿Y ahora qué ha hecho?

–Está condenado.

Esas dos palabras que lanza con tono agresivo me dejan paralizado. Fred decelera al acercarse al peaje, retrocede un poco y añade, en tono más suave:

–No logro localizar a Alice. Me han llamado esta mañana.

–¿Por qué a ti?

–Tú no estás en la ficha del microchip, Alice se olvidó de actualizarla: mi número es el segundo de la lista de contactos. Si no conseguimos arreglarlo, van a sacrificarlo en veinticuatro horas.

Un escalofrío helado me baja por la espalda. Fred añade:

–Alice nunca me lo perdonará si lo permito, pero estoy atada de pies y manos: tú conoces a la gente de allí.

Trago saliva y le pregunto qué enfermedad tiene.

–No es una enfermedad –suspira–, es una ordenanza municipal.

Anonadado, replico que ningún ayuntamiento se atrevería a hacer nada contra los perros guía.

–No es contra los perros guía, sino contra los perros peligrosos.

No puedo evitarlo, soy como Jules: si me quitan el poder de ayudar, estoy muerta.

Qué bueno es revivir, dejarse llevar... Me marché sin pensarlo, borrón y cuenta nueva, dejar atrás las pérdidas. Tirar por la borda los reproches que nos destruyen, la culpabilidad que nos bloquea. Olvidar los sufrimientos y abrazar una causa más desesperada que la nuestra. Descubrir que en algún lugar nos necesitan. Es lo que cuento hoy en el folleto en el que presento el trabajo de mis elefantes. Y cuando hablo en primera persona del plural, ya solo es una forma de hablar.

¿En qué momento empezó a hacer agua nuestra felicidad? Creo que el 5 de septiembre, cuando volvimos de Trouville. Zibal y yo pasamos el fin de semana con los Bourdaine, para mantener el vínculo con Jules. Siempre que íbamos, nos recibía con la misma alegría relajada, con su juguete en la boca, y nos llevaba a jugar a la playa en cuanto salíamos del coche, bajo la mirada incendiaria de la mayor parte de los paseantes. Cada vez que alguien decía «¡Es vergonzoso!», dábamos las

gracias halagados, para cortar de cuajo las lecciones de moral. La causa de tanta indignación era el nuevo juguete, que había encontrado en la playa con la marea baja, frente al club náutico: un consolador. Una polla enorme de un rosa desvaído por el mar que nos obligaba a lanzarle cada diez metros y que luego intentaba cambiar por un trozo de bocadillo con todas las familias de la playa, a la hora de la merienda. Con un placer perverso, Zibal le había cambiado las pilas. Cuando el perro encendía el vibrador, apretando orgullosamente con los dientes el miembro que se retorció entre zumbidos, explicábamos a los veraneantes que era un nuevo sistema para eliminar el sarro.

Jules era una bendición para el pequeño Oscar, tanto por las risas incesantes que le provocaba como por su vigilancia infalible. A fuerza de anunciarle media hora antes los ataques de epilepsia, poco a poco se habían espaciado cada vez más, para acabar desapareciendo. No solo estaban ligados a su angustia por sufrirlos de improviso; además, los medicamentos que tomaba solo actuaban realmente si se administraban justo antes de la aparición de los primeros síntomas. El médico no se lo podía creer: el niño estaba curado. Como consecuencia, Jules se empezó a aburrir. Sin miedo a las caídas, pérdidas de conciencia y convulsiones, el niño podía marcharse a jugar libremente con niños de su edad y su guardaespaldas desmovilizado había agotado los

placeres solitarios del consolador estival. Aquel domingo, mientras Zibal cargaba las maletas, se escondió bajo la manta del maletero del coche y fingimos no darnos cuenta hasta la autopista.

Los Bourdaine eran comprensivos. Echaban de menos al labrador, claro, pero ya había cumplido su misión. Por fin el niño podía ir al colegio como los demás, y dos semanas después de la marcha de Jules le compraron un perro normal. El adjetivo me alteró. Como un presentimiento.

Por razones fiscales, Fred había obligado a Zibal a crear su sociedad en Bélgica. Nos instalamos en De Haan, una bonita ciudad flamenca en la que Jules no se sentía demasiado fuera de lugar, entre el mar del Norte, la caza de gaviotas y las dunas por las que corría tras las perras en celo. Pero no podía contentarse con una vida «normal». Empezó otra vez a perseguir a los viejos con bastón, a buscar ciegos solitarios, a ofrecer sus servicios a cada silla de ruedas de la ciudad. Con una esperanza indestructible, cada sábado por la mañana acechaba la llegada del minibús de chicos síndrome de Down que venían desde Gante a respirar la brisa marina durante cuatro horas. Y cada vez, los monitores lo echaban tirándole puñados de arena, a causa de los ataques de pánico que su obsesión de socorrista provocaba en los chicos.

En aquella costa flamenca sin vagabundos ni minusválidos abandonados a su suerte, no tenía nadie a quien ayudar. La solidaridad local le hacía

sentir todavía más excluido. Como tras mi operación, cuando su mirada ya no fue indispensable, dejó de alimentarse. La huelga de hambre anuncia en él una depresión profunda contra la que ninguna persona autónoma y en condiciones de valerse por sí misma puede luchar: lo sé por experiencia. Nunca se habría recuperado de la curación de mis ojos si no hubiera podido ocuparse de Zibal, tan menesteroso cuando nos conocimos.

Le veía hundirse cada vez más. Solo salía para hacer sus necesidades y había dejado de jugar. Cuando le tirábamos una pelota, la veía pasar con una indiferencia cansina. Dormía casi todo el día y ya no era nada divertido.

¿Quizá nos contagió? Zibal, completamente acaparado por sus inventos y por los contratos fastuosos que le conseguía Fred, pasaba quince horas al día con sus bacterias interactivas, el plástico natural que producían sus algas, las sustancias anticancerosas que sacaba de la grama y el caucho biológico que extraía de las raíces de diente de león. Yo me dedicaba a preparar propuestas de programas radiofónicos que enviaba por correo electrónico a los responsables de RTL, que tardaban muchísimo tiempo en rechazarlos. Ya no era su mascota minusválida, la voz mágica que hablaba del tráfico, la locutora ciega que consiguió el apoyo de todo el personal cuando la seguridad social se negó a pagarme la córnea artificial. Ahora era una más. Mis proyectos debían seguir el procedi-

miento administrativo habitual: estudio de rentabilidad, cálculo de impacto para los anunciantes, *share* por franja horaria y público objetivo. Y lo mismo en las otras cadenas de radio. Mi momento había pasado, ni siquiera estaba allí y había quedado fuera de juego.

Y luego estaba el nuevo socio, que Zibal había metido en la casa de al lado, un botanista superdotado que había convertido en su protegido y cuya esposa, violonchelista, acababa de traer al mundo una niña, en medio de una felicidad conyugal que multiplicaba mis deseos de ser madre. Zibal estaba al cien por cien, pero desgraciadamente, su esperma, no tanto. Velocidad lineal insuficiente, caída de la fertilidad propia de la edad, había diagnosticado su endocrino. No se había atrevido a confesármelo, pero se lo había dicho a Fred, que inmediatamente me puso al corriente. Para preservar su ego masculino frente a la necesidad de recurrir a la procreación asistida, ella misma me aconsejó que le dijera que un bloqueo psicosomático me impedía la fecundación directa, a causa del pánico que había sufrido a quedarme embarazada a los diecisiete años, cuando mis tres violadores me quemaron los ojos con un spray de autodefensa. Zibal recibió esta explicación de emergencia con una tristeza compasiva en la que no se adivinaba su alivio.

Dicho esto, y no siendo su déficit de velocidad grave en sí, la inseminación artificial podía resol-

ver perfectamente el problema. En cuanto a su pérdida de fertilidad progresiva, tomaba precauciones congelando la mayor parte de sus muestras, que archivaba en el laboratorio para evitar errores de etiquetado en un entorno hospitalario. Todo este trasiego había perturbado nuestra libido y las primeras ovulaciones no habían dado fruto.

Zibal se sentía culpable, así que me había confesado la verdad. *Su* verdad, al menos. Las especiales condiciones en las que vino al mundo, decía, le impedían reproducirse, es decir, proyectarse. Pensaba que, inconscientemente, ejercía una influencia negativa sobre sus espermatozoides reduciendo su velocidad. Incluso a distancia, en la jeringa de inseminación. Para justificar esta enormidad, se apoyaba en la teoría de las bacterias interconectadas, nacida de los trabajos que su ídolo, Cleve Backster, había publicado en la revista científica estadounidense *Science*, teoría que me había demostrado impertérrito durante una sesión de monitoreo. Tras conectar unos electrodos al tubo de ensayo que contenía el semen que había recogido una hora antes, se había conectado él mismo a un segundo electroencefalógrafo. Con su casco de cables multicolores, se había hecho una nueva paja delante de mí. En el momento del orgasmo, las dos líneas del EEG, la suya y la de su esperma en el fondo del tubo de ensayo, habían producido el mismo pico de actividad eléctrica.

–Ya lo ves –comentó contrito, señalando el tubo de ensayo que se había corrido al mismo tiempo que él–, la comunicación bacteriana de mis espermatozoides es un hecho.

–¿Y cuando los congelas te constipas?

Fue nuestra última carcajada juntos. Mi último impulso de amor por la delicadeza increíble con la que intentaba, con sus delirios, hacerme olvidar las angustias esterilizantes que me había inventado para suavizar su culpabilidad.

Jules no se tomó bien esta connivencia recobrada y estuvo cabreado durante quince días. Me costó admitirlo, pero nuestra obsesión por este futuro bebé le irritaba más de lo normal. Por mucho que le demostrásemos con nuestro comportamiento que seguía siendo el centro de nuestro universo, se enfrentaba con algo fuera de su control y lo llevaba muy mal. Una mañana que habíamos salido, abrió el congelador y, en un ataque de celos, hizo añicos los tubos de ensayo de su amo. Era difícil imputar esta declaración de guerra al azar o a una broma: nuestro perro se estaba volviendo loco.

Para buscarle una salida, Zibal respondió en su nombre a una oferta de empleo. Una escuela para perros que acababa de abrir en Lorena, bajo el impulso de la fundación francesa para la investigación sobre la epilepsia, estaba buscando candidatos.

La entrevista de selección empezó muy mal. Cuando le trajeron a una joven epiléptica, Jules

le torció el tobillo saltándole al cuello. El profesor Jérôme Schotz, coloso entusiasta que supervisaba el proyecto, eliminó al postulante con gran despliegue de insultos. Trabajaba de neurólogo en el hospital universitario de Nancy, se jugaba el prestigio en un proyecto basado en facultades psíquicas que muchos de sus colegas consideraban un timo y no quería cargar con chuchos histéricos. Jules, muy ofendido, se largó corriendo por los largos pasillos de una antigua fábrica transformada en centro de entrenamiento canino. Antes de que Zibal pudiera atraparlo, se abalanzó sobre otro epiléptico que acababa de meter una moneda en la máquina de café y le obligó a sentarse a base de ladridos. Los signos precursores de un ataque aparecieron cinco minutos más tarde. Tras hablar por teléfono con los padres de Oscar, el profesor Schotz le reclutó para un periodo de prueba.

Zibal volvió solo a casa, feliz de darme una sorpresa. Con la inconsecuencia generosa que le caracteriza, creyó tranquilamente que estaría encantada de perder otra vez a mi perro. Yo me esforcé por fingirlo, para no entristecerlo. Para Jules era vital encontrar trabajo, desde luego: una desempleada en la familia era más que suficiente.

Después de tres semanas de pruebas complementarias, le hicieron un contrato fijo: seguiría entrenándose como socorrista profesional, viviendo en la escuela con otros veinte colegas de

todas las razas, hasta que le trasladaran al domicilio de otro epiléptico. Zibal o yo pasábamos a verlo una vez por semana. Nos recibía con alegría, pero enseguida se olvidaba de nosotros. Era la primera vez que lo veía tan integrado entre los de su especie, en un plano de igualdad, de emulación mutua. Él, que nunca se había interesado por sus congéneres salvo para copular, ahora formaba parte de un equipo. Un descubrimiento fundamental se estaba confirmando en aquella escuela de Lorena: un perro capaz de anticipar un ataque en un epiléptico también puede «enseñar» por mimetismo esta habilidad a un discípulo que solo haya trabajado con sordos, ciegos, parapléjicos o autistas.

La tarea de los educadores de la ESCAPE era doble: no solo enseñaban a los debutantes a mejorar las técnicas de percepción, información y socorro que antes habían imitado de forma espontánea gracias a otros perros, sino que recogían datos teóricos para justificar científicamente los resultados que obtenían y las subvenciones que necesitaban. Uno de los ejes de la investigación era definir los medios por los que los perros captaban la inminencia de un ataque: un olor específico producido por el enfermo, una perturbación electromagnética en su cerebro, una «señal síntoma» procedente de una modificación imperceptible de su comportamiento. Los aprendices trabajaban con cascos de electrodos, so-

bre camisetas con las que los pacientes voluntarios habían transpirado en sus últimos ataques y bajo videovigilancia para analizar sus reacciones.

No solo Jules triunfaba reinando sobre todos los enfermos que ponían a su disposición, sino que además le pedían que formara aprendices. Había rejuvenecido diez años. La guinda del pastel era que se había enamorado de una perra bra-co de Weimar, Victoire, que antes trabajaba como detectora de explosivos y que su entrenadora de la gendarmería había traído como candidata. Yo estaba encantada por él, pero él ni siquiera reparaba en mi presencia.

Fue entonces cuando Zibal se puso a olvidar sus problemas de fertilidad en los brazos de su directora financiera. Un SMS anónimo me lo contó, desde una tarjeta SIM de prepago que ya no estaba en uso cuando llamé. Por el tono y por los detalles, deduje que el mensaje procedía de su amante, que intentaba hacer un poco de sitio. Zibal negó su relación de forma patética. Yo me abstuve de enseñarle el mensaje, para que pudiera mantener un poco de autoestima. No tenía ningunas ganas de ver cómo chapoteaba entre negativas grotescas. En realidad, no le reprocho su infidelidad, sino su falta de confianza al negarse a admitirlo.

Fred, que andaba por allí para presentarle a nuevos inversores, intentó sonsacarme. Es casi

tan rápida como Jules para percibir las emociones que le intento ocultar.

—¿Qué problema tienes con Zibal?

—El problema eres tú, la presión financiera a la que le sometes.

No acusó recibo, ni siquiera se ofendió por lo injusto de mi reproche: ella solo había recomendado a Zibal la empleada con el mejor perfil. Pero no me desahugué con Fred. Lo hice con la sargento Marjorie Ménières.

Nos conocimos durante los trámites de admisión de nuestros perros respectivos. Tenemos la misma edad, pero ella es tan morena y rígida como yo soy rubia y elástica. Enseguida simpatizamos. Como yo, había llevado muy mal la depresión de estos «profesionales» que no aceptan la desmovilización, pero la situación de su Victoire era mucho peor que la de mi Jules. Formada durante tres años en la CNICG, escuela de adiestramiento canino de la gendarmería, la braca de Weimar se incorporó a la unidad de vigilancia antiterrorista del plan Vigipirate. Discreta y diferente, con su finura racial de exposición, sus bellos ojos color ámbar y su pelaje castaño grisáceo, trabajaba en un grupo de pastores belgas a los que dejaba muy atrás por sus prestaciones. Durante la Eurocopa 2016 estaba asignada a la detección de cinturones explosivos en el Estadio de Francia. Cuando dio con un sospechoso, como le habían enseñado, lo «marcó», sentándose tranqui-